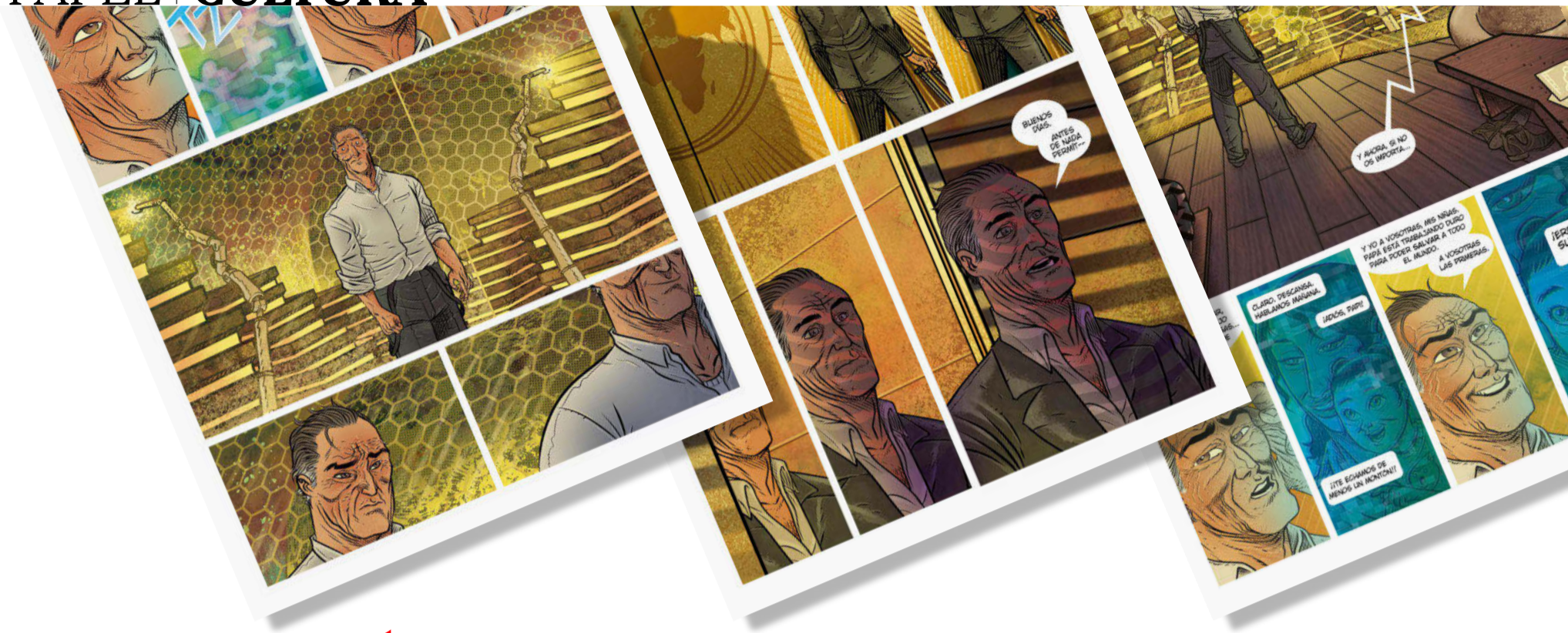


PAPEL CULTURA



DAVID RUBÍN “HAY GENTE QUE ESTÁ SACANDO TAJADA DEL FIN DEL MUNDO”

Es uno de los historietistas españoles con más talento y, tal vez, el más indómito. Tras una década intensa de colaboraciones aquí y en EEUU, regresa como autor en solitario con 'El fuego': un cómic que quema en las manos. “Estamos viviendo un apocalipsis a cámara lenta, nos vamos al carajo”, denuncia

Por **Jose María Robles** (Madrid). Fotografía de **Antonio Heredia**

La risotada de David Rubín sacude la cafetería como el martillazo de un dios mitológico. Por un momento parece que los dos vasos posados en el hule de cuadritos verdes y blancos se van a estrellar contra el suelo, arrastrados por la onda expansiva que genera uno de los tipos con más talento y personalidad del cómic español. Uno que luce patillas de rockero, exhibe sortija de calavera en la mano derecha, admite escuchar a Wagner mientras empuña el lápiz y llama a las cosas por su nombre... aunque suenen políticamente incorrectas.

«Cada vez tengo más claro que estamos solos en el universo y que el hecho de que aquí haya vida es una carambola absoluta del destino, pura chiripa. Nos creemos que vamos a perdurar para siempre, pero no. Los dinosaurios jodían menos el tinglado y se fueron





a tomar por culo. Nosotros, que somos un cáncer para el planeta, nos vamos a ir al carajo. No sé cuándo, espero que lo más tarde posible, pero creo que es algo inevitable», comenta con la misma energía que pone en la escritura de cualquiera de sus salvajes posts en redes sociales—Pablo Motos y Mariano Rajoy se han llevado respectivos mandobles—o, por supuesto, en la gestación de sus novelas gráficas.

El fuego (Astiberri) es su último trabajo. El título ya alerta de que se trata de material inflamable. Rubín (Orense, 45 años) plantea en clave de ciencia ficción la historia del arquitecto Alexander Yorba, un triunfador hecho a sí mismo que está construyendo una colonia en la Luna para salvar a parte de la Humanidad del impacto de un meteorito. Y, al mismo tiempo, un trápala que se rige por códigos éticos cuestionables y acaba buscando su redención al descubrir que sufre una enfermedad terminal. Todo ello, con la emergencia climática como telón de fondo—en un escenario directamente catastrófico—y donde la denuncia de los excesos del consumismo o la deshumanización de la sociedad contemporánea muestra cuáles son las preocupaciones actuales del autor.

«Tenía 30 páginas terminadas cuando sobrevino la pandemia. Pensé: ¡me cago en la puta! ¡Estalla el fin del mundo y me pilla justo haciendo un tebeo sobre el fin del mundo!», confiesa el dibujante y guionista gallego, de nuevo tras una carcajada de las suyas y a propósito de un álbum que llegó a la segunda edición en apenas un mes.

A la crisis coronavírica le sucedió la invasión rusa de Ucrania y sus consecuencias, agravando la sensación de zaramedo existencial. De sálvese quien pueda. Una percepción que se filtra en el tebeo de Rubín cuando anota en él: «Existir es un milagro que no hemos sabido merecer» o «Un kilo de manzanas ya vale más que un coche».

«Estamos viviendo una especie de apocalipsis a cámara lenta», contextualiza. «Es como las canciones tan de moda en los años 80 que recurrían al *fade out*, ésas donde el volumen de la música iba bajando hasta que dejaba de escucharse. Eso es un poco lo que nos pasa ahora mismo. Ha empezado el *fade out* y actuamos como si nada pasara. Pero estamos en decadencia, cada vez veo más signos. En el tema del clima hemos pasado de que nos machaquen continuamente con prevenciones a que, de repente, nos digan que tenemos que *prepararnos*. No sé cómo va a estar la cosa en 2040 o 2050, pero imagino que muy jodida. La primavera durará dos semanas; el invierno, un mes y el resto del año será verano. Es acojonante. Quería mostrar esto en *El fuego*, pero no de un modo panfletario».

Rubín, otro Rubín por lógica diferente, más maduro y creativamente más apabullante que el que sorprendió con un mundo fantástico propio en *El circo del desaliento* (2005), *La tetería del oso malayo* (2006) y *Cuadernos de tormentas* (2008), regresa a las librerías en solitario tras una década intensa de colaboraciones. No se presentaba ante el público autóctono como autor total desde que publicó *El héroe*, la relectura en pop del mito de Heracles que propulsó su carrera hasta la cumbre del circuito local de la historieta. Y que le abrió las puertas del mercado americano sin necesidad de que él hiciera toc-toc con los nudillos.

Ahí quedan títulos como *El momento de Aurora West* y *La caída de la casa West* (con Paul Pope y JT Petty, 2014 y 2015); la trilogía *Ether* (con Matt Kindt, 2017-2020); el cierre de la serie *Rumble* (con John Arcudi, 2019-2020) o *Cosmic Detective* (con Jeff Lemire y Matt Kindt, 2022). Todo eso, en EEUU. Al mismo tiempo, en España formó tándem en *Beowulf* (con Santiago García, 2013), *Miguel EN Cervantes. El retablo de las maravillas* (con Miguelanxo Prado, 2015) y *Gran Hotel Abismo* (con Marcos Prior, 2016).

Pero volvamos al fulgor hipnótico de *El fuego*. El periplo de Alexander Yorba es un descenso a los infiernos que arranca en la Luna y le lleva a reencontrarse con su pasado en Nueva York, Helsinki, Ámsterdam, Roma y Madrid. Ciudades sumergidas por culpa del aumento del nivel del mar o arrasadas por la desesperación. Se podría decir que el arquitecto autodestruido es la némesis del titán mitológico que convirtió a Rubín en la superestrella de la viñeta que

“Vivimos tiempos más oscuros que nunca, sumidos en una infantilización y una mediocridad totales”

“Desde la Guerra Civil no había una polarización tan grande, la gente se toma la política como si fuera fútbol”

“El fuego” retrata en clave de ciencia ficción la degradación física y moral del arquitecto estrella Alexander Yorba. Todo ello, con la emergencia climática como telón de fondo.
ASTIBERRI

es hoy. Y también se podría decir que ambas obras reflejan la temperatura de dos momentos radicalmente opuestos.

«Cuando se publicó *El héroe* era la época del 15-M. Me ilusionó creer entonces que un mundo mejor era posible y que la gente podía volver a apoyarse en la gente, y no dejarse conducir como ovejas. Ahora veo que aquello sólo fue una ilusión y que vivimos tiempos más oscuros que nunca, sumidos en una infantilización y una mediocridad total a nivel político. Parece que lo importante es decir la burrada más grande o tener más retuits. La realidad molesta, se oculta con mentiras, soltando una *boutade*... Es una carrera hacia adelante continua. Y eso se va trasladando también a la sociedad. Desde la Guerra Civil o la época de la dictadura no había unos niveles de polarización tan grandes. La gente se toma la política como si fuera fútbol. Me parece increíble que a día de hoy, a las alturas que estamos del siglo XXI, nos dediquemos a hablar otra vez de bandos, de rojos y azules», lamenta.

Y remacha: «Estamos perdiendo continuamente el tiempo y la energía en disputas idiotas, como quién es más español o si éste es de aquí y yo soy de allá... La realidad es que sólo hay un país que se llama planeta Tierra y que la destrucción no conoce fronteras ni banderas».

Rubín confiesa que *El fuego* es su álbum más íntimo. Una deflagración hacia dentro. Está dedicado a su hija y en él explora, de hecho, la inquietud por la paternidad no ejercida y el distanciamiento familiar. A su vez, la travesía de Yorba le permite reflejar la desorientación que sufrió él mismo cuando se trasladó a vivir desde La Coruña a la periferia de Madrid a mediados de la década pasada. «Para mí la ciudad, el primer año, fue algo inhóspito. La niña era pequeña, no tenía tiempo para ver a nadie... Sólo conocía lo chungo de Madrid, vivía en una continua sensación

de extrañeza y de añoranza», reconoce. De ahí que el desenlace de *El fuego* tenga lugar en un Madrid en llamas y donde un Leviatán surgido de las profundidades confirma su querencia por todo tipo de monstruos.

Que la publicación de *El fuego* casi haya coincidido en el tiempo con la de otros títulos que exploran eso que se ha dado en llamar *colapsología*, como la novela de Isaac Rosa *Lugar seguro* (Seix Barral) o el ensayo gráfico *El meteorito somos nosotros* (Astiberri), tiene su explicación. Los alemanes lo llaman *zeitgeist*, y tiene que ver con el hecho de que Rubín empezaba a terminar su cómic cuando Leonardo DiCaprio, Jennifer Lawrence y Meryl Streep hacían reír y casi llorar con otro asteroide asesino en *No mires arriba* (Netflix).

«Fui a verla sin saber de qué iba, ni le había echado un vistazo al tráiler... Me gustó mucho, en el fondo estamos hablando de cosas que preocupan a mucha gente», apunta el historietista. «La pregunta ya no debería ser cómo gestionamos esta situación, sino quién coño se está enriqueciendo gracias a ella. Hay gente que está sacando tajada del fin del mundo. Eso es lo que debería preocuparnos. En cambio, no pensamos en ello porque la zanahoria que nos ponen delante es otra: el miedo. El miedo es lo que hace que pienses: “Tengo que seguir currando como un hijoputa en este trabajo de mierda y con este cabrón porque tengo 49 años y a ver quién me va a contratar si me despiden”. En el fondo han conseguido que seamos una sociedad que se mueve más por miedo que por esperanza. Generaciones atrás, mi abuelo o sobre todo mis padres, que vivieron ya al final de la de la dictadura, tenían otra ilusión. Aunque no tuvieran por donde caerse muertos, se movían por puta ilusión. Se decían: “No te comas el tarro, tira *palante*, que ya saldremos de ésta”. Ahora, no. El miedo es la gasolina que hace mover el mundo, y eso es una verdadera desgracia».